

# UN DÍA CASI PERFECTO



MAREIKE KRÜGEL

**B**

UN DÍA  
CASI PERFECTO

MAREIKE KRÜGEL

Traducción de Irene Saslavsky

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

Al final, todo da igual: no importa si acabas asfixiándote o si te mueres de hambre, la cuestión es que un día hay que pasar a mejor vida.

J. K. Musäus,  
*Volksmärchen der Deutschen*  
[Cuentos populares de los alemanes]

No quiero morir y tampoco quiero cruzar este umbral. Las puertas del instituto son la entrada al infierno, pero no queda más remedio: mi hija me necesita.

La hoja es pesada y se abre hacia fuera. El olor me golpea de inmediato, pues al igual que todos los otros centros educativos que conozco, excepto la escuela de música donde trabajo, este huele a polvo y colofonia. El olor me asquea, es una reacción psicósomática que no desaparece con los años. He pasado a recoger a Helli innumerables veces y mi estómago sigue rebelándose.

El pasillo, decorado con las obras de uno de los cursos de dibujo, es recto, luego forma un codo y después, otro. Tras recorrerlo, ya te encuentras ante la puerta de cristal que separa la parte con olor a escuela y suelo de linóleo de la zona confortable con olor a café y alfombras. Veo a Helli de inmediato. Está sentada en una silla ante la secretaría y lleva unos extraños cuernitos en la nariz. Me resulta raro verla tan quieta y acelero mis pasos.

Antes de la pubertad, cuando tenía más o menos la edad de Helli, sufrí un síndrome cuyo origen nadie fue capaz de descubrir, solo aludieron a vagas sospechas relacionadas con las hormonas y el desarrollo: cada dos semanas, sin previo aviso y de manera regular, sufría un ataque de vómitos en la escuela. Tras un par de escenas horribles durante la clase y el recreo, aprendí a hacer un ejercicio de introspección tan intenso que logré descifrar los sutiles mensajes que me enviaba mi cuerpo y, a partir de entonces, siempre conseguía

llegar al váter a tiempo. Allí vomitaba sin hacer ruido en diversas oleadas, algo que solo volvió a ocurrir más adelante, durante el embarazo. Sin embargo, en esos momentos creía morir. Aunque la razón me decía que eso era imposible, la sensación era inequívoca y nunca dejó de aterrarme. Horas e incluso días después me sentía débil y temblorosa, los estímulos más normales me abrumaban: la luz era demasiado intensa; las voces, demasiado altas. En esos momentos me sentía como una zombi, como si no hubiera muerto del todo, y me parecía imposible superar la vida, que continuaba, como si con cada ataque no se hubiese cumplido una promesa y solo hubiera sobrevivido por un precio que en realidad no estaba dispuesta a pagar.

Cuando me acerco, resulta que los cuernitos de la nariz de Helli son trozos de pañuelos de papel retorcidos para taparla. Ya están teñidos de rojo, y cuando se pone de pie para saludarme caen al suelo.

—Por fin —dice ella.

—Estaba comprando. No he podido llegar antes.

Helli aún sangra, se inclina hacia delante y las gotas caen de la nariz a la alfombra.

Mi hija no es como yo, no le importa vomitar, sangrar o causar cualquier otro tipo de inconveniente.

Le alcanzo un paquete de pañuelos de papel que he traído del coche, ella arranca unos cuantos y los presiona contra la nariz. Bajo la vista lentamente para evaluar los daños: los zapatos de Helli están un poco manchados y en la alfombra hay un rastro de sangre desde la puerta de cristal hasta la secretaría. Lo sigo y asomo la cabeza al despacho para avisar de que he llegado y que me llevo a mi hija.

—¡Señora Theodoroulakis! —grita la secretaria, cuyo apelli-

do es tan banal que siempre se me olvida.

¿Cuál es: Kaufmann, Neumann...?

—¿Sí?

—Entre, por favor, quisiera mostrarle una cosa.

Es lo que me temía. Mientras Helli aguarda en el pasillo, entro en la secretaría, donde veo a la señora Neumann agachada, limpiando el suelo.

—Señora Theodoroulakis, no puede ser que su hija lo manche todo de sangre. No tengo tiempo para estas cosas. Ahora habré de fregar toda la mañana y las manchas no salen. Me parece absurdo que deba hacerlo yo, no soy una empleada de la limpieza.

Por lo visto, Helli se quedó de pie ante el escritorio de la señora Neumann durante un buen rato. Puedo imaginármelo: Helli inclinada hacia delante, goteando y alegrándose del mal ajeno mientras la señora Neumann marcaba mi número con desesperación y hurgaba en los cajones en busca de pañuelos. En el suelo descubro un montoncito blanco: al parecer, la señora Neumann lo ha intentado con sal, como en el caso del vino tinto.

—La sangre solo sale con agua fría —digo.

Soy una experta en manchas desde que Helli nació. La señora Neumann se endereza y me tiende el trapo.

—Entonces, ocúpese usted misma, ya que sabe cómo se hace. Ya estoy harta de esta actitud: la gente siempre da buenos consejos, pero el trabajo que lo hagan otros.

Un tanto sorprendida cojo el trapo: está caliente y por tanto resulta inútil. La señora Neumann ha cruzado los brazos con expresión severa; aunque es menuda y regordeta resulta amenazante.

No sé qué hacer, solo pienso que fuera, en el pasillo, Helli

espera con impaciencia y que sigue sangrando. Lo que sí sé es que he de borrar todo un rastro de sangre que no acabará en la puerta de cristal, sino en una de las aulas, en lo más profundo del instituto, donde huele a ataques de vómito. También sé que el timbre sonará de inmediato, que los maestros aparecerán por todas partes, y no tengo la menor intención de frotar el suelo a sus pies: en este momento es lo peor que puedo imaginarme.

Ante mí, la señora Neumann hace chasquear la lengua con irritación porque todavía no he empezado. Tiene razón, desde luego: no es una empleada de la limpieza y es muy posible que para ella tampoco haya nada peor que arrastrarse por el suelo ante todos los maestros. Lo siento en el alma, pero limpiar la alfombra de la escuela tampoco figura entre mis deberes, que se centran en uno solo: ocuparme de mi hija. Le devuelvo el trapo y me apresuro a abandonar el despacho. Fuera, cojo la cartera y la chaqueta de Helli, la agarro del brazo y la arrastro a lo largo del pasillo.

—¡Eh, oiga! —grita la señora Neumann—. Esto es el colmo. Haga el favor de volver aquí y limpiar todo esto. ¡No soy una empleada de la limpieza!

Helli y yo echamos a correr, doblamos por las esquinas del pasillo, atravesamos la pesada puerta hasta alcanzar el coche, que, pese a todas las prohibiciones, aparqué delante del edificio de la escuela, y ambas nos apresuramos a subir.

—¡Date prisa y arranca! —grita Helli, riendo—. Si no, la vieja bruja nos bombardeará con trapos por la ventana.

Ha ocupado el asiento del acompañante y la miro con las cejas alzadas. Ya no le sangra la nariz, tal vez dejó de hacerlo en cuanto abandonamos la escuela.

—Inclina la cabeza hacia atrás —digo.

—No.

No estoy segura de si el movimiento que he captado con el rabillo del ojo es el de la secretaria de la escuela, que en ese instante quizá se encarama a la ventana para insistir en que no es ninguna empleada de la limpieza, pero decido que no hay tiempo para discutir con mi hija y piso el acelerador.

Aunque el parabrisas se empaña y pronto ya no veo nada, abandono el terreno de la escuela y solo me siento a salvo cuando alcanzamos la zona de velocidad limitada a 30 kilómetros por hora ante la parada del bus. Detengo el coche y enciendo la calefacción. El aire caliente sale con fuerza. Parece una batalla perdida, pero sé que al final el aire caliente siempre consigue vencer.

—¿Qué le pasa a la señora Neumann? —pregunto—. En general no se comporta así.

—Su marido desapareció, así que está un poco loca —contesta Helli.

—¿Qué quieres decir?

—Se largó o se murió, no lo sé.

—Pues no es lo mismo.

—En todo caso ya no está, y desde entonces ella se porta de forma rara. Por cierto: se llama Kaufmann.

—Supongo que para la psique da igual, tanto si el marido se largó como si murió —digo.

Pero en el mismo instante pienso que la psique se equivoca: la diferencia es enorme y, en general, vivir es la mejor variante.

Helli asiente, como si comprendiera lo que digo. Y a lo mejor lo comprende.

Saco el móvil y busco el número del parvulario. Mi clase de

música, que de todos modos solo dura media hora, debe comenzar dentro de tres minutos. Ya no merece la pena conducir hasta allí.

Kirsten atiende.

—Soy Katharina —digo—. Hoy no puedo ir. Mi hija se ha hecho daño y he de ir a buscarla al colegio. Una urgencia.

—Podrías haber avisado antes, ¿no?

—Tal vez tengamos que ir al hospital. Recuperaré la clase si los padres lo desean. Pero solo después de Navidad.

—Informaré de ello —dice Kirsten, y cuelga, así sin más.

Solo es amable con los padres de los alumnos y con sus superiores.

En el parabrisas se han formado dos islas transparentes, lo bastante extensas como para ver la calle si me inclino hacia delante. Parpadeo y arranco. Helli ha encontrado la espátula de rascar hielo que esta mañana arrojé a los pies del asiento del acompañante. Está metida en una especie de guante en forma de castor para proteger las manos del frío. Helli mete la mano en el castor, lo hace bailar como si fuera un títere y lo hace hablar con voz nasal.

—Cuánto lo siento, señora del parvulario, pero tenemos que ir enseguida al hospital. A mi hija le sangra la nariz, el cerebro se le derrama por ahí y se vuelve más tonta a cada minuto que pasa. Lo siento muchísimo. De verdad.

Helli parece salida de una película de terror barata. En su rostro redondo y pálido hay manchas de sangre seca, en el mentón y la nariz. En su prenda superior —cuya denominación precisa ignoro porque hoy todo se llama de otra manera— hay manchas de sangre del tamaño de monedas, justo allí donde apuntan unos pequeños pechos; no sé si ya son un indicio de la pubertad o un resto de la grasa infantil. También

hay salpicaduras de sangre en el pantalón, que quizá también posee un nombre propio: chinos, o cargos o piel de salchicha. Va desgredada y su pelo necesita un lavado urgente: parece aún más descolorido que de costumbre.

Seguro que Helli llevaría mejor el hecho de no ser atractiva si no se llamara Helena, pero quién podría haberlo adivinado. Costas es un griego de tez olivácea y cabellos negros. En todo caso, Alex se le parece, también en el carácter: él sería demasiado orgulloso como para organizar semejante hemorragia solo para volver a casa un par de horas antes.

Pero por lo visto, Helli tiene en la nariz alguna clase de vaso sanguíneo mágico que reacciona ante un golpe fuerte. Cuando se aburre en clase, se la aprieta hasta que brota la sangre. Y se derrama de verdad, brota, gotea y, tras unos minutos, su cara adquiere tal aspecto que cuantos se encuentran a su lado entran en acción.

Es la cuarta vez en dos semanas que me veo obligada a recogerla debido a una hemorragia nasal. Además, ella añade mareos y dolor de cabeza para inquietar a la secretaria hasta tal punto que la mujer me llama por teléfono y me insta a que acuda a toda prisa. Ahora mismo podría dar la vuelta y volver a llevar a Helli al instituto para que asistiera a las últimas horas de clase, pero lo más probable es que la nariz le volviera a sangrar en el acto. Además, la señora Kaufmann y su psique me dan miedo.

Tal vez debería llevar a Helli a urgencias, solo para mostrarle con lo que está jugando. Podría hacer que le cauterizaran el vaso sanguíneo amaestrado para poner fin a su truco de una vez por todas. Pero me basta con imaginar la cara de Helli cuando se le acercara un médico con un aparato que parece un soldador para descartar ese plan. Helli y los médi-

cos son una historia aparte y un motivo por el cual yo tampoco voy nunca al médico; hace once años que mi hija ha satisfecho sobradamente mi necesidad de frecuentar el sector sanitario. Sin embargo, no puedo evitar vengarme un poco por el estúpido comentario de la espátula-castor.

—Vale, vamos al hospital —anuncio—. Es hora de que resolvamos el tema de tu nariz, no vaya a ser que tengas algún problema en las venas o en los senos nasales.

Ella se echa a llorar de inmediato. Yo no quería eso, por supuesto; intento acariciarla mientras conduzco, pero me esquivo, solloza dramáticamente y me golpea.

—De acuerdo, no vamos al hospital —murmuro.

Helli suelta un par de sollozos más y entonces de pronto exclama:

—¡Mira qué gorro más tonto lleva ese tipo!

Y sé que la crisis ha pasado. Costas siempre dice que los estados de ánimo de Helli son como el clima irlandés: si te desagrada, solo has de esperar un par de minutos.

Nos abrimos paso a través de los suburbios y el tramo que recorre el campo, pasamos junto a los molinos, las granjas, cruzamos aldeas y avenidas. Tomo el camino más largo para evitar el tráfico, después alcanzamos el límite del pueblo, casas unifamiliares de ladrillo rojo, al igual que en todas partes. El cielo, que diviso por el parabrisas, es amplio y claro. Sé que allí en el borde, donde se vuelve más pálido, se encuentra el mar. Allí la tierra se acaba.

Suena mi móvil. Es Costas, así que me ahorro de tener que detener el coche y le tiendo el teléfono a Helli. Ella se alegra, le gusta hablar por teléfono.

—¡Hola, papá! —grita. Luego escucha unos momentos y dice—: No, estamos en el coche, acaba de recogerme. He-

morragia nasal. —Entonces añade—: Sí, otra vez. Pero ya pasó. Sí, claro, todo normal. ¿Y tú? Vale, hasta ahora.

Ella empieza a presionar las teclas de mi móvil y parece haberme olvidado por completo.

—¿Helli? —pregunto—. ¿Qué quería papá?

—Estaba preocupado porque no contestabas o qué sé yo. Bueno, le he dicho que aquí todo es completamente normal.

Casi me conmueve que a ella le parezca normal que haya suspendido mi clase de música porque su nariz manchó una alfombra y que hayamos tenido que huir de una secretaria de escuela enloquecida de pena.

Cuando todo debe ser normal no es bueno tener un marido que prácticamente solo está disponible para su familia por teléfono. Desde que Costas tiene ese trabajo en Berlín discutimos mucho. Las peleas son el precio que uno paga por una relación de fin de semana; hace que las despedidas sean más fáciles. De hecho, si el fin de semana ha sido más o menos armónico, durante los últimos minutos él y yo sacamos un par de temas que siempre generan una discusión. Después nos perdonamos mutuamente a lo largo de la semana mediante SMS, correo electrónico, Skype o por teléfono; dejamos aumentar y actuar la nostalgia hasta que el reencuentro el viernes por la noche da paso invariablemente a la desilusión. Entonces se monta una gran bronca que se diluye a lo largo de la noche y nos brinda un sábado pacífico. Solo el domingo por la noche, antes de que Costas vuelva a montar en el tren, volvemos a pelearnos para que durante los siguientes días dispongamos de algo que podamos perdonarnos.

Pero esta vez disponemos de más tiempo que de costumbre hasta el próximo fin de semana, por eso la reconciliación también tarda más de lo habitual. Nos encontramos en pleno proceso y eso significa que tardo lo mío en contestar sus SMS y que me limito a mantener llamadas telefónicas breves e informativas. Y eso que hay mucho que comentar sobre las pruebas de Helli, además de que le he dado varias listas con ideas sobre los regalos de Navidad, que seguramente serán más fáciles de encontrar en Berlín.

Al menos, a Costas le llama la atención mi laconismo y lo hace cavilar, de lo contrario no hubiera llamado a media mañana. Yo solo pretendo que note mi mal humor, no que se preocupe. No es necesario que nadie se preocupe por mí.

Entre tanto, Helli ha perdido interés por el móvil. El aparato aterriza en mi regazo y se desliza hasta mis pies. Los dedos de Helli son incansables: cambian la temperatura de la calefacción y la dirección de la corriente de aire; activa el intermitente mientras observa sus dedos, como una madre vigila a sus hijos mientras estos juegan en la arena. Al final enciende el equipo de música. El CD es una grabación de *Amor de Poeta* de Schumann, interpretado por Josef Protschka y Helmut Deutsch. Lo puse esta mañana; la música comienza y debo esforzarme por mantener los ojos abiertos, porque cuando oigo el primer acorde siempre los cierro e inspiro con un siseo. Protschka está cantando la tercera pieza: «La rosa, el lirio, la paloma, el sol...»

Cuando era estudiante y empecé a sopesar cada acorde, cada palabra, de pronto comprendí la relación entre esta canción y la *Divina Comedia* de Dante. Ese pequeño poema no hablaba de flores y avecillas, tal como intentaban convencerme los libros de texto, sino de símbolos cristianos y de

que es posible amar a alguien con tanta intensidad que uno está dispuesto a renunciar a todo lo que hasta entonces le brindaba apoyo. Yo había leído a Dante porque por entonces disponía del sosiego necesario para acercarme a textos difíciles, mientras que hoy en día casi siempre he de conformarme con echarle un vistazo al periódico y dormirme leyendo cualquier libro.

En el pasado, cuando empecé a escuchar con atención, de modo que descubrí el vínculo entre Heine, Schumann y Dante, el hallazgo de una relación entre cosas que antes flotaban en mi cabeza sin conexión alguna me excitaba durante días enteros. Ahora ya no sé si todo está relacionado con todo o si, por el contrario, todos los vínculos son una mera ilusión de mi consciencia, que anhela la existencia de algo parecido a la lógica o, al menos, una afinidad electiva entre las cosas y los acontecimientos. En todo caso, Schumann siempre trató de entretrejer vida y obra hasta tal punto que lo uno sin lo otro se volvía impensable. Sería difícil que se tratara de una casualidad cuando los motivos se asemejan. Eso siempre me impresionó y me habría gustado hacer lo mismo, pero me temo que, en mi caso, no hay nada que anudar y entretrejer. No hay obra, solo vida. Ya comienza la quinta canción, esa que habla del cáliz del lirio. El principio es maravilloso: delicado, denso e intenso. Costas considera que hablo de la música como otros de la comida.

—¡Mierda, mamá! —chilla Helli.

Hay un estruendo y un desagradable chirrido del lado de Helli; freno y abro los ojos. El coche se ha subido a la acera y Helli me grita.

—¿Qué estás haciendo?! Podríamos estar muertas.

Con gesto indignado indica la farola, que debemos de ha-